

# El disparate nacional



**España curaba los males del alma en el confesionario, la taberna y a través de la picaresca, el sainete y el esperpento. Berlanga, de cuyo nacimiento se cumplen 100 años, llevó genialmente al cine esa tradición.**

En la escena inicial de *Plácido*, la película de Luis García Berlanga, un solemne cortejo fúnebre se cruza con la comitiva festiva de los artistas que llevan la alegría navideña a una capital de provincias de la España franquista. *Plácido* se estrenó en 1961 y, sin embargo, esta escena sigue constituyendo tanto una presentación de credenciales por parte de su autor como una imborrable fotografía de una cierta e irrisoria España eterna. Sesenta años después, lo fúnebre y lo festivo siguen cruzándose en la España de la pandemia del coronavirus, su fiera dialéctica sigue definiéndonos.

Se cumple un siglo del nacimiento del cineasta valenciano y con tal motivo se le dedican, con las restricciones todavía de rigor, festivales, congresos y homenajes, y se publican libros sobre su vida y su obra. Miguel Ángel Villena, que fue redactor cultural de *El País* y luego trabajó como editor en *tintaLibre*, ha ganado el Premio Comillas 2021 de Biografía con uno de ellos: *Berlanga. Vida y cine de un creador irreverente* (Tusquets). Pues bien, una de las observaciones más agudas que he encontrado en el libro de Villena es la que explica la razón por la cual su extraordinaria cinematografía no ha tenido el reconocimiento debido en el extranjero: las películas de Berlanga tienen tanto movimiento, tanto ruido de jornada fallera, tanta algarabía, tanta gente hablando al mismo tiempo que se hace muy difícil su subtitulación.

Me he acordado mucho de Berlanga durante esta larga y penosa pandemia. Me acordé de él con la primera catarata de *memes* ingeniosos, la de la primavera de 2020, que volvía a revelar la pasión de los españoles por el humor negro, por convertir nuestros infortunios en diversión, por exorcizarlos de esta manera. Hoy me vuelvo a acordar de él cada vez que un medio de comunicación da el parte con cifra diaria de muertos y, acto seguido, ofrece imágenes de las abarrotadas y joviales terrazas de los bares madrileños. También me he acordado del cineasta cuando en el siempre sobreexcitado debate nacional se ha introducido el hecho de que el temor al coronavirus y la pérdida de libertad de las cuarentenas han disparado hasta lo insoportable las enfermedades mentales, una crisis adicional que nuestro país afronta, como tantas otras, con escasísimos recursos humanos y materiales.

Nunca ha brillado España por la cantidad y la calidad de sus instituciones psiquiátricas públicas, dicho sea esto con el debido respeto a aquellas buenas que puedan existir ahora o lo hayan hecho en el pasado. Este país, viejo, católico y sentimental, ha tenido sus propios espacios terapéuticos para tratar miedos, neurosis, depresiones, angustias y otros trastornos del espíritu. Antes de que el mundo descubriera el diván de Freud, España ya disponía para estos menesteres del confesionario y la taberna. Al confesionario se iba a vaciar ante el cura —representante del mismísimo

Dios en este valle de lágrimas— el saco de todo tipo de pecados de pensamiento, palabra, obra u omisión, y los sentimientos de culpa de ellos derivados. La taberna se frecuentaba para berrear ante camareros y parroquianos —nuestros iguales— todo tipo de rencores contra cualquier puñetero que te amargara la vida.

Los confesionarios eran más para las mujeres, reservándose los hombres las tabernas y también espacios semejantes como los burdeles y las tertulias de café, reemplazadas estas últimas en la actualidad por las tertulias audiovisuales, en las que, albricias, ya participa el género femenino. Cabe decir, no obstante, que tal participación no ha alterado su españolísima esencia: todo el mundo habla al mismo tiempo, de preferencia a gritos, pero nadie escucha a los demás, precisamente, como en las películas de Berlanga. En cuanto a nuestro mundo rural, injusto sería olvidar que siempre trató con tolerancia a los locos, a los que, aun llamándoles *el tonto del pueblo*, dejaba deambular en relativa libertad y solía proteger frente a los forasteros.

### Picaresca, sainete, esperpento

Nos perdimos la reforma protestante, la Ilustración y las revoluciones liberales, y eso marca mucho para lo bueno y para lo malo. Como Rusia en el otro extremo del continente, España ha sido siempre un país muy especial en Europa. Lo prueban tres aportaciones genuinamente españolas al teatro y la novela universales: los géneros de la picaresca, el sainete y el esperpento.

La novela picaresca fue un chorro de realismo en el Siglo de Oro español. Tenía como protagonistas a individuos de las clases populares, siervos espabilados que intentaban escapar del hambre a base del hurto, la estafa y el engaño, y siempre terminaban perdiendo. En estas narraciones humorísticas, los pícaros aspiraban a ganarse el favor de los de arriba —nobles engolados y curas tridentinos— haciendo hipócritas ejercicios de confesión de sus faltas y expresando quiméricos propósitos de enmienda. El Lazarillo de Tormes, Guzmán de Alfarache y el Buscón don Pablos han sobrevivido a los siglos transcurridos desde la España imperial como ejemplos de antihéroes pícaros muy nuestros.

De carácter costumbrista, el sainete era una pieza teatral corta que se representaba durante el intermedio o al final de una función seria. Nació también en el Siglo de Oro y se prolongó hasta el XX, produciendo autores como Josep Bernat i Baldoví, cronista del erotismo de la Valencia huertana en su *El virgo de Vicenteta*, Carlos Arniches, especialista en el Madrid castizo, y los hermanos Álvarez Quintero, exponentes de una Andalucía jaranera y folclórica. Cabe decir que el sainete tenía menor voluntad de denuncia social que la novela picaresca, buscaba esencialmente la risa y el entretenimiento de un público popular.



### EL BIEN MÁS PRECIADO

Espartaco, Voltaire, Thomas Jefferson, Emma Goldman, Antonio Machado, Durruti, Albert Camus, Juan Goytisolo, las feministas, los insumisos, la novela negra y los humoristas son algunos de los viajeros de *El bien máspreciado*. *Artículos libertarios*, el último libro de Javier Valenzuela, fundador, primer director y ahora colaborador de *tintaLibre*. Se trata de una recopilación de sus ensayos periodísticos del último lustro, la mayoría de ellos publicados en esta revista. A contracorriente del conformismo, el eufemismo y la equidistancia, tan comunes en nuestro tiempo, Valenzuela opta por la irreverencia en sus textos. El tema común de *El bien máspreciado* es la defensa de la libertad frente a aquellos que hoy pretenden usar su hermoso nombre para justificar la corrupción, la desigualdad, la evasión fiscal, la contaminación del planeta o la irresponsabilidad ante la pandemia. Con portada de Marta Negre y publicado por la editorial valenciana Makma en su colección #HojasDeBisturí, este libro, disponible en determinadas librerías, también puede conseguirse *online* en [shop.makma.net](http://shop.makma.net)

El esperpento, por su parte, es un género literario asociado a la obra teatral y novelística de don Ramón María del Valle-Inclán. Consiste en un modo de abordar la realidad que lo deforma intencionadamente para resaltar sus rasgos grotescos y absurdos, algo así como lo que Goya terminaría haciendo en su pintura. Manifestación de humor negro tanto como de crítica social, Valle-Inclán llegó a la conclusión de que el esperpento expresaba muy bien el tuétano de España. Lo dijo a través de Max Estrella, el protagonista de *Luces de Bohemia*: “El sentido trágico de la vida española solo puede darse con una estética sistemáticamente deformada”.

Pues bien, Berlanga llevó al cine el modo de retratar personajes y

Y es que el cine de Berlanga fue realista a su manera, describió personajes y situaciones existentes en nuestra disparatada piel de toro. Muchas de sus escenas más memorables, cuenta Villena, se inspiraron en hechos reales a los que él y Rafael Azcona, su socio en la redacción de muchos guiones, supieron sacar un partido mordaz. La genial pareja incluso lo hizo con la Guerra Civil, atreviéndose a abordarla cómicamente en *La vaquilla*. “Desnudos todos somos iguales”, dice el sargento interpretado por Alfredo Landa cuando un grupo de republicanos se baña en una charca llena de soldados franquistas. Y, sí, al final vuelven a ser iguales, cuando los buitres terminan devorando a la vaquilla ante la mirada afligida de unos y otros.

## **Este país, viejo, católico y sentimental, ha tenido sus propios espacios terapéuticos para tratar miedos, neurosis, depresiones, angustias y otros trastornos del espíritu. Antes del diván de Freud, España ya disponía para estos menesteres del confesionario y la taberna**

situaciones propios de la picaresca, el sainete y el esperpento. Diagnosticó así los males del alma carpetovetónica, nos alivió haciéndonos reír al desnudarlos y creó una poética muy personal. Lo hizo en escenas memorables como aquella de *Bienvenido Mister Marshall* en la que el alcalde interpretado por Pepe Isbert intenta explicarles a los vecinos de Villar del Río la inminente visita de los americanos: “Como alcalde vuestro que soy os debo una explicación y esa explicación os la voy a pagar”.

*Plácido* está repleto de momentos semejantes. Las señoronas que organizan la campaña *Siente un pobre a su mesa* comentan durante la llegada a la estación de las cantantes y actrices: “Todas las artistas son unas frescas y unas pelanduscas”. ¡Ahí queda eso! En contraste con el señoritismo de estas damas, el pobre interpretado por Cassen se pasa toda la película buscando el dinero con el que pagar la letra de su motocarro y evitar así que se lo embarguen.

### **Reflejo de la realidad española**

Lo mismo ocurre en *El verdugo*, desde la escena en que la Guardia Civil navega por las cuevas del Drach en busca de Nino Manfredi para que vaya a ajusticiar al reo, hasta la penúltima, en la que tanto el verdugo novato como el reo son llevados a rastras hasta el patíbulo. Pasando, por supuesto, por el irrefutable consejo que le da el viejo verdugo, nuevamente Pepe Isbert, a su futuro yerno: “Nunca dejes el empleo en la funeraria porque es un puesto seguro donde nunca falta el trabajo”.

En una conversación en *infoLibre* con Clara Morales, el periodista y escritor Luis Alegre, autor de *iHasta siempre, Mister Berlanga!*, otra de las nuevas biografías del creador valenciano, señalaba el pasado diciembre que su cine es “una estupenda manera de conocernos mejor”, “un acercamiento más directo a la realidad española de la que brindan los libros de historia o los documentales”. Así me lo parece también.

Freud descubrió que la sexualidad —o la falta de ella— está detrás de numerosos trastornos psíquicos. Berlanga, que, según coinciden en subrayar Villena y Alegre, se definía como un erotómano y no ocultaba que era cliente de burdeles, siempre la tuvo presente en su cine. Lo hizo en el film *Tamaño natural*, donde Michel Piccoli vive con una muñeca de látex cual si fuera su pareja, y la viste, la ducha, la riñe y hasta le hace el amor. Y en *La escopeta nacional*, donde José Sazatornil pretende hacer pasar a su amante como su secretaria, y el marqués de Leguineche casi muere del disgusto cuando su nuera, interpretada por Amparo Soler Leal, destruye su colección de pelos de pubis.

Berlanga se proclamaba “un anarquista burgués” y nunca se casó políticamente con nadie. Luis Alegre cree que sus experiencias en la Guerra Civil y en la Segunda Guerra Mundial le convirtieron en “un descreído” y le acercaron al anarquismo, “la ideología que más cómodo le hacía sentir y pensar a su aire”. Lo cierto es que, tras zurrarle al franquismo y la Transición, también lo hizo con la corrupción del último período del felipismo en *Todos a la cárcel*. Termina esa película con lo que Villena considera el “testamento ácrata” del cineasta, el exabrupto de Saza: “¿Sabéis lo que os digo? Que se vaya todo al carajo. La empresa, la familia y el país entero. ¡Que os den morcilla!”

El cine de Berlanga fue de perdedores, dice Luis Alegre. De esos sempiternos españoles que, desde el tiempo de la picaresca, somos la mayoría de los españoles en tiempos de crisis. Berlanga lo contó a la valenciana y a la española, con humor, y eso lo convirtió en un sanador, un terapeuta, un curandero, si así lo prefieren. No es de extrañar que Villena y Alegre también coincidan en recordar lo que Franco dijo de él: “No es un comunista. Es mucho peor. Es un mal español”. Es lo que suele decirse de aquellos que no intentan ocultar los males de la patria. ■